

El poder como espejo de los intelectuales

Rodríguez Ledesma, Xavier

Veröffentlichungsversion / Published Version

Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Rodríguez Ledesma, X. (1994). El poder como espejo de los intelectuales. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 39(158), 67-91. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1994.158.49846>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Comercial-NoDerivatives). For more Information see:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

El poder como espejo de los intelectuales

XAVIER RODRÍGUEZ LEDESMA

Resumen

A partir de las múltiples acepciones que tiene el concepto "intelectual" el artículo se pregunta sobre la manera en que el subgrupo de los escritores se ha visto a sí mismo, siempre en relación del poder en el México del siglo XX; esto es, la modificación de su función y expectativas sociales a partir de los gobiernos posrevolucionarios.

Abstract

There is a main question that the different meanings of the concept "intellectual" has to deal in this century in Mexico, the link between the power and the subgroup of writers. These is the key to understand the changes of their functions and expectations after the 1910 revolution.

Has de saber que una viuda hermosa, moza, libre y rica, y, sobre todo, desenfadada, se enamoró de un mozo motilón, rollizo y de buen tomo; alcanzó a saber su mayor, y un día dijo a la buena viuda, por vía de fraternal represión: "Maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una mujer tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota como Fulano, habiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados y tantos teólogos, en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir: "Este quiero, aquéste no quiero". Mas ella le respondió, con mucho donaire y desenvoltura: "Vuestra merced, señor mío está muy engañado, y piensa muy a lo antiguo si piensa que yo he escogido mal en Fulano, por idiota que le parece; pues para lo que yo lo quiero, tanta filosofía sabe, y más, que Aristóteles".

El Ingentoso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.

Primera parte, Cap. XXV

La búsqueda de una definición precisa del término "intelectual" significa encontrarse con un ejemplo diáfano de la historicidad de los conceptos, esto es, del carácter histórico del lenguaje y de sus limitaciones como forma mediante la cual el hombre representa su realidad.

Es interesante y significativa la existencia de una multiplicidad de acepciones que la palabra "intelectual" asume conforme a las espe-

cificidades contextuales que marcan la reflexión teórica y, en específico, de acuerdo con los intereses particulares del investigador por resaltar algún aspecto de ese gran conglomerado fenomenológico que se pretende abarcar con este concepto.¹

El carácter polisémico de las palabras se muestra diáfano en este caso. La logomaquia por la logomaquia misma, esto es, olvidada de la historicidad de los conceptos y del propio carácter del lenguaje, lleva la discusión a un terreno pantanoso donde se suele perder la conciencia histórica, y en el cual, por lo tanto, la palabra deja de ser el puente mediante el cual el hombre intenta salvar la distancia entre él y su realidad, y se convierte en un laberinto en el que el hombre queda atrapado.² Así, por ejemplo, en el caso que interesa para este artículo existen múltiples terrenos y espacios que a su vez están en constante modificación, pero pareciera que se quisiera tender un solo puente que llegara a todos ellos por igual, tarea no sólo imposible de realizar sino peligrosa, ya que encierra la tentación de igualar distintas realidades en una sola, o, como suele suceder, que el puente nunca llegue a aterrizar del otro lado y se pierda en el espacio infinito de la búsqueda del terreno justo y adecuado para afianzarse definitivamente.

Los más avezados en este tipo de problemática han tenido claridad en el sentido de que es absurdo crear un concepto que pretenda referirse a realidades distintas y han intentado construir y utilizar puentes específicos para esos diversos fenómenos (intelectual, ideólogo, trabajador intelectual, *intelligentsia*, artista, escritor, pensador, profesionalista, etcétera).³ Sin embargo, estos intentos no han sido lo fructíferos que se desea ya que dentro de la lógica de la logomaquia

¹ Por ejemplo, en 1961, Jan Szczepanski en *Intellectuals in Contemporary Society* había ya reconocido y analizado poco más de sesenta definiciones distintas de intelectual. Referido en Atahualpa Rodríguez, "Los científicos sociales latinoamericanos como nuevo grupo de intelectuales" en *El Trimestre Económico*, vol. L (2), núm. 198, México, Fondo de Cultura Económica, abril-junio de 1983, p. 939.

Asimismo, Allan Knighth ha escrito: "For some, of course, the term 'intellectual' requires no definition; it's common-sense term. But common-sense terms may beg more questions than they answer. Allan Knighth, *Intellectuals in the mexican revolution*, en Roderic A. Camp, Charles A. Hale, Josefina Zoraida Vázquez, editores, *Los intelectuales y el poder en México*, México, El Colegio de México y UCLA Latin American Center Publications, 1991, pp. 141-142.

² Cfr. Octavio Paz, *El arco y la lira*, 6a. reimp. de la 3a. ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 29 y ss.

³ Cfr. Enrique Suárez Iñiguez, *El papel de los intelectuales*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación del Sistema de Universidad Abierta, 1989, pp. 1-27.

no se resuelve el problema, puesto que, paradójicamente, cada uno de esos conceptos más específicos provoca a su vez una nueva discusión sobre lo que puede o se quiere abarcar al utilizarlo.⁴

Dentro de esa amplia gama de significados que se atribuyen al término intelectual se contempla desde la añeja discusión sobre la división entre aquellos individuos que trabajan fundamentalmente haciendo un desgaste de energía muscular, en contraposición de aquellos otros cuyo trabajo se caracteriza por ser no tanto físico como mental; hasta, en el otro polo del abanico, los intentos teóricos por estructurar una serie de condiciones (por lo general contradictorias) que se deben reunir para acceder a dicha categoría. Dentro de ellas suelen plantearse, por ejemplo: que es necesario contar con algún título universitario (haber acumulado capital curricular o cultural);⁵ para otros, el ser profesionista es la condición justa para no ser considerado intelectual;⁶ o bien, se hacen condicionantes generales del estilo: el intelectual debe participar activamente en la conformación del conocimiento o de la concepción del mundo (ser creador y transmisor de la cultura), o debe tener obra publicada pero ningún lazo con el Estado; o alguna más poética como: "personas para quienes las ideas, conceptos, literatura, música, pintura, danza tienen sentido intrínseco y son parte de la atmósfera psicosocial que se respira";⁷ o simplemente se afirma, en el mejor sentido metafísico, que los intelectuales deben ver algo más que el común de la gente.⁸

Bajo esta lógica nos encontramos en un círculo vicioso que impide echar luz sobre lo que debe considerarse por intelectual. La única forma de romper esta explicación tautológica y/o logomáquica es, insisto, ubicar históricamente el sentido que el concepto adquiere según los intereses del investigador y las condiciones políticas y

⁴ Un buen ejemplo de angustia provocada por el carácter polisémico de los conceptos intelectual y cultura puede encontrarse en Julio Le Riverend "Observaciones sobre la historia y la creación intelectual", en Pablo González Casanova (Coord.), *Cultura y creación intelectual en América Latina*, México, Siglo XXI, 1984, pp. 42-50.

⁵ Cfr. José Joaquín Brunner y Angel Flisfisch, *Los intelectuales y las Instituciones de la Cultura*, tomo I, 2a. ed., México, Universidad Autónoma Metropolitana/Asociación de Universidades e Institutos de Enseñanza Superior, 1989.

⁶ Cfr. Daniel Cosío Villegas, "El intelectual mexicano y la política", en *Ensayos y Notas*, México, Hermes, 1966, pp. 141-168.

⁷ M. Gordon Milton, "Una subsociedad", en Juan F. Marsal et al., *Los intelectuales políticos*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1971, p. 143.

⁸ Cfr. Gabriel Careaga, *Los intelectuales y el poder*, México, Secretaría de Educación Pública, SEP/Setentas, 1972, pp. 7-20.

culturales características del periodo en el que se lleve a cabo el análisis.

Ahora bien, a pesar de esa lluvia de interpretaciones sobre los intelectuales, existe una constante. Todas ellas de un modo u otro hacen referencia al carácter que debe tener la vinculación del intelectual con el poder, en particular de la relación del intelectual con el Estado.⁹ Es por esta vía reflexiva por donde es posible avanzar en la clarificación del sentido del quehacer intelectual y sus encarnadores en la sociedad.¹⁰

⁹ Bajo esta idea se entiende la afirmación de Henry C. Schmidt en el sentido de que: "*Definition of the intellectual may also be reexamined and made large enough to encompass varied cultural phenomena, as well as the actions and reactions of the participants. The terms 'power' and 'sensitivity' provide a cohesive yet flexible classification of intellectuals by qualifying their struggles to contribute decisively to their professions and society*", Henry C. Schmidt, "Power and sensitivity: toward a typology of mexican intellectuals an intellectual life, 1910-1920", en Roderic A. Camp *et al.*, editores, *op. cit.*, p. 174.

Asimismo, el brillante historiador mexicano Luis González encontró que en el Congreso en donde se presentó la ponencia antes citada: "La gran mayoría de los expositores se abstuvieron de proponer normas para la vida futura de la relación entre intelectuales y políticos. Con todo, la lectura de varias ponencias deja entrever simpatías por alguna de las tres actitudes siguientes: colaboración de los intelectuales mexicanos con los gobiernos de la Revolución Mexicana, crítica a tales regímenes o indiferencia ante la actividad política. Mientras unos piden el mantenimiento de la tradición colaboracionista, otros le proponen al intelectual el papel de policía y unos terceros repiten el aforismo: 'zapatero a tus zapatos'". Luis González, "Hacia un reportaje de la sexta reunión", en *ibidem*, p. 830.

Sin embargo, varios lustros atrás Daniel Cosío Villegas ya había echado luz en este sentido: "Pocos asuntos habrán despertado tanto desacuerdo como éste de la relación que puede tener —y aun que debe tener— un intelectual con la política de su país o del mundo entero. Ha de suponerse que una parte nada despreciable de la discordia procede de que los términos de esa relación: 'intelectual' y 'política', tras de ser vagos ellos mismos, parecen tener un significado que cambia al animarse cualquier disputa política. Pero no es ése, sin duda, el origen único de la desaveniencia: es perfectamente concebible que una opinión, válida para un tiempo y un lugar determinados, deje de serlo al cambiar una o la otra de esas dos circunstancias. Y lo es también suponer que aun la afirmación más aguda y ajustada resulte incapaz de comprender a todos los intelectuales de un país y de una época. Algunos, puede imaginarse, serán insensibles a todos los problemas ajenos a su cuerda intelectual, así como a un político *pur sang* puede resultarle mortífera una cucharadilla de intelectual. Las cosas se complican si se considera, a más del aspecto puramente teórico del problema, la posibilidad real de que un intelectual brinque a la política en un momento dado: el salto puede resultarle mortal si lo da con un sacrificio completo de sus prendas intelectuales", Gabriel Zaid (comp.), *Daniel Cosío Villegas. Imprenta y vida pública*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 67.

¹⁰ Comparto las opiniones de Brunner y de Flisfich en el sentido de que la relación entre la actividad intelectual y el Estado es un gran capítulo de la teoría política y sociológica contemporánea que hasta hoy, a pesar de la abundante bibliografía existente, no ha sido desarrollado específicamente. *Cfr.* J.J. Brunner y A. Flisfich, *op. cit.* Sin embargo, quiero señalar dos textos clarificadores y estimulantes para pensar sobre el tema: a) Hugo Zemelman, "El poder y la cultura", en Varios, *América Latina, hoy*, México, Siglo XXI, 1990, pp. 166-241; y b) Gabriel Zaid, *De los libros al poder*, México, Grijalbo, 1988, en especial la primera parte.

En el presente trabajo estaré observando uno de los grupos que se aglutinan dentro del universo de la intelectualidad en nuestro país; este subconjunto es el de los escritores, quienes son parte fundamental del universo de los intelectuales públicos. Incluso, una de las características del subconjunto de los escritores es que a los ojos de la sociedad representan con claridad y casi por antonomasia la encarnación de la actividad intelectual.

Los escritores poseen un poder y ellos son perfectamente conscientes de ello: el poder de escribir, de publicar y —yo agregaría— de ser leídos por algo más que el público cautivo que puedan tener otros intelectuales como los universitarios y los científicos en general.¹¹ De tal forma, el hecho de que la lectura de poemas, novelas, ensayos y demás formas literarias desarrolladas por estos intelectuales estén en posibilidad de acceder (y lo hagan) al gran público que conforma la sociedad es una de las explicaciones de la afirmación de que los escritores utilicen ese poder para normar el criterio y la opinión de la sociedad.

Obvia es la necesidad de hacer una primera reflexión que ayude a concebir en sus justos términos el sentido de la influencia de estos escritores, ya que resulta evidente que la afirmación se debe matizar en la medida en que si bien estos intelectuales ejercen su poder de escribir y ser leídos por un público más amplio que aquellos otros que se restringen a su labor profesional académica, y/o que desarrollan su trabajo para ser leído por un público especializado, su influencia es sumamente precaria en términos comparativos con el poder que otros tipos de intelectuales tienen al trabajar en la con-

¹¹ "El poder literario es innegable: hay textos imponentes o débiles, gente que no puede escribir, o que escribe y no puede publicar, poderosos a quienes les puede que se publique tal cosa. Las luchas por el poder literario (poder expresar, poder hacer ver; o si se quiere: poder sobre el lenguaje, poder usar los medios de hacerse un público, poder imponer ciertos gustos o tendencias) acompañan la vida de todo escritor, la marginalidad del escritor no quiere decir impotencia. (¿De qué escritor se sabe que no haya podido algo, puesto que se sabe de él?) La marginalidad literaria es otra cosa: es el *non serviam* de un poder frente a otro, es el orgullo (y si se quiere, la "anulación de sí mismos" resultante) de que el texto opere por su propia eficacia". Gabriel Zaid, *¿Cómo leer en bicicleta? Problemas de la cultura y el poder en México*, México, Joaquín Mortíz, 1979, p. 131.

"Visto como un poder aparte, autónomo, parlamentario, el poder literario es otra cosa: opera por su propia eficacia, depende del asentimiento del otro, se anula en cuanto trata de vencer en vez de convencer. El poder de un argumento está en el argumento, en la eficacia con que suscita el ¡claro! No tiene como *último ratto* la coacción sino la conciencia convencida". Gabriel Zaid, *De los libros al poder*, op. cit., p. 84.

formación cultural de la sociedad a través de todos los diversos medios por los que el Estado reproduce y fortalece su hegemonía.

Por ejemplo, es innegable la enorme influencia de Octavio Paz sobre la opinión pública nacional contemporánea y su rol fundamental e indiscutible en la conformación de la cultura mexicana, que lo ubica muy por encima del nivel de influencia de cualquier profesor universitario autor de algún tratado filosófico o análisis científico. Sin embargo, Paz con toda su trascendencia nacional y universal no es tan influyente y decisivo en la conformación de una concepción del mundo como lo son aquellos trabajadores que utilizan su intelecto para promover una serie de valores establecidos a través, por ejemplo, de los programas televisivos. Siendo categórico se podría afirmar que las múltiples ediciones de *El laberinto de la soledad*, aun contando con tirajes sumamente grandes (20,000 ejemplares cada una), y siendo prácticamente un libro de texto obligatorio a partir del nivel de bachillerato,¹² no pueden ser comparadas, tanto en número de volúmenes como en capacidad de influencia, en la conformación intelectual (léase concepción del mundo) con las infinidad de revistas y folletines que por cientos de miles de ejemplares se encargan de comentar semanal o mensualmente los diversos dimes y diretes de los programas televisivos o eventos deportivos, y de las “estrellas de moda”, creando y recreando expectativas, anhelos y problemáticas “artificiales” en los grandes sectores sociales.¹³

¹² A decir del Fondo de Cultura Económica, entre *El laberinto de la soledad* y *Posdata* suman a la fecha la impresionante cifra de 900,000 ejemplares desde que fueron editados por primera vez. Sin embargo, el *best seller* editado por Diana en el que un estilista da consejos de belleza suma, con la reedición más reciente, la cantidad de 2 200 000 ejemplares.

¹³ Un excelente e inquietante relato sobre los problemas que los intelectuales críticos (universitarios, profesionistas, escritores, etcétera) tuvieron que afrontar en una situación en la que el poder político, el poder de la reproducción cultural de una sociedad, de la recreación de una hegemonía alternativa, les fue asignada por una transformación democrática está relatada en la ponencia de Ariel Dorfman presentada en el *Coloquio sobre intelectuales y creación de la cultura en América Latina* organizado en México por la UNAM y la Universidad de las Naciones Unidas. Entre otros puntos relevantes Dorfman afirma, por ejemplo: “El Estado se reproducía en la cadena de los hábitos, en las riendas del lenguaje, en el modo de conformar el sentimiento y la sonrisa, en el modo de mirar e interpretar la otra mirada, en el modo de proyectar el éxito o el fracaso, en la manera de hacerse sueño o pesadilla, en la secreta institucionalización de lo cotidiano. Plantear, entonces, la cuestión del Estado no es únicamente obrar por la conquista de los asientos del poder por la mayoría para avalar un proceso de liberación y democracia. Para alguien que centraliza su existencia en entender la realidad y trasmutar esa realidad a través de la difusión y corrección de ese entendimiento, el Estado se manifiesta antes que nada como una forma asistemática del día a día que se enreda y propaga en los repliegues de cada conciencia y la estructura concreta en la que esa existencia se hace

Entonces esta reflexión nos lleva a especificar un punto más del análisis. Los escritores, este grupo que ejerce el poder de escribir, de publicar y de ser leídos, son una parte particular y específica del poder cultural, de ese gran espacio cultural constituido por la prensa, la televisión, el sistema educativo, la industria cinematográfica, las academias, etcétera; ámbitos que en conjunto constituyen el conjunto cultural de la sociedad y en donde el poder se ejerce bajo la forma de interpretación, conformación y reproducción de una concepción del mundo.¹⁴

Surge una pregunta: ¿por qué, si todas estas instituciones constituyen el espacio cultural, el espacio donde se desarrolla naturalmente el trabajo intelectual, son los escritores quienes mantienen de cara a la sociedad la imagen, el *status*, de ser ellos los monopolizadores de la cultura? Acaso sirva para responder a esta pregunta avanzar en el análisis de la manera en que el *rol* de otro de los sectores que históricamente había sido identificado con la parte culta, la parte intelectual de la sociedad, se ha modificado en nuestro país desde hace poco más de dos décadas.

La forma primaria en la que los individuos podían acceder al *status* de intelectual, de ser un personaje culto, "cultivado", era cursar estudios universitarios. La educación superior, específicamente la Universidad, era vista como el medio mediante el cual la persona podría acceder a ese estadio cultural que lo haría un ser distinto al resto de la población.¹⁵ El que ese ascenso intelectual fuera acompañado de ascensos sociales, esto es, en el nivel de ingreso, era un atractivo más de la vida universitaria. La posibilidad de ascender económicamente gracias a la obtención de un título universitario creó, para estas instituciones, una aura mitológica como vía de ascenso social.

No es el objeto del presente escrito profundizar sobre la transformación que la figura de la Universidad ha tenido frente a la sociedad en los últimos tiempos, pero considero adecuado y enriquecedor

real. El Estado tiene otros canales de llegada que las balas". Ariel Dorfman, "Estado y creación intelectual. Reflexiones sobre la experiencia chilena de la década de los setenta", en Pablo González Casanova (coord.), *Cultura y creación... op. cit.*, p. 322.

¹⁴ Cfr. Roger Bartra, *Oficio mexicano*, México, Grijalbo, 1993, p. 53 y ss.

¹⁵ Cfr. William S. Stokes, "El drenaje de los pensadores", en Juan F. Marsal, *op. cit.*, p. 197 y ss.

para el tema sobre la importancia de los escritores en la vida cultural, tener presente que las instituciones de educación superior han tenido que asumir una responsabilidad social que, en esencia, no era parte integrante de su razón de ser. Ellas constituyen hoy en día, además de la expresión de la institucionalización de la enseñanza, de la cultura y de la ciencia, una válvula de escape para las crecientes demandas y exigencias sociales de empleo y mejores sueldos. Comparto la idea de que al cambiar la situación económico-social en la que las universidades desarrollaban su función como vía de ascenso social, por el estallido y la consolidación de la crisis fueron agregando, contra su propia voluntad, otras responsabilidades ajenas a su esencia académica cultural.¹⁶

Esto nos ayuda a comprender por qué los universitarios, los académicos e investigadores, y aun los profesionistas, han visto reducirse el peso tan importante que tenían frente a la sociedad como encarnadores y formadores de la cultura y como referencia para normar conductas y concepciones sobre infinidad de fenómenos.

Los escritores, a diferencia de los universitarios, no solamente han mantenido sino han fortalecido su aura de sabiduría, de inteligencia y de capacidad. Además, como ya dije más arriba, su público es mucho más amplio que el auditorio académico cautivo que ronda por las instituciones de educación superior y, por tanto, ellos juegan un papel más protagónico en la conformación de la opinión pública.¹⁷

Una vez identificados, los escritores como el grupo intelectual de mi interés en el presente trabajo, surge un fenómeno interesante

¹⁶ En virtud de que la eliminación o superación definitiva de los mitos sociales es un fenómeno que requiere muchas condiciones y tiempo, debo matizar la afirmación anterior. A pesar de la enorme cantidad de pruebas en contra de la posibilidad de acceder a mejores niveles de ingreso con algún título profesional, la sociedad se resiste a abandonar por completo la esperanza de que sus hijos puedan acceder al mayor nivel de estudios posible, el cual traería como consecuencia natural un aumento de su competitividad en el mercado laboral. Entonces, la educación superior sigue siendo una exigencia social. El fenómeno de la masificación puede ser abordado desde esta perspectiva.

Cfr. José Joaquín Blanco, "¿Qué cultura para qué nación?", en Varios, *La desigualdad en México*, México, Siglo XXI, 1984, y el capítulo "Sobre los títulos profesionales como capital curricular", en Gabriel Zaid, *De los libros... op. cit.*

¹⁷ Categórico, Gabriel Zaid afirma al respecto: "La gente estudia para dejar de estudiar: para adquirir las credenciales que le permitan hacer cosas más importantes. Hasta quienes destacan en los estudios, quienes no se limitan a leer por obligación unos cuantos libros para sacar el título, quienes llegan a escribir, escriben para dejar de hacerlo: para llamar la atención de una persona poderosa que les dé la oportunidad de hacer cosas más importantes que escribir". *Ibidem*, p. 99.

para el análisis: el número de lectores que ellos tienen no varía demasiado; podemos decir que se mantiene constante, y prueba de ello es lo limitado de los tirajes tanto de libros como de revistas en nuestro país. Sin embargo, si bien los escritores continúan siendo leídos por un número invariable de lectores sumamente pequeño en términos relativos, su influencia aumenta por encima de ese universo lector. Para entender esto es necesario tomar en cuenta que los escritores cada vez tienen mayor presencia en otros medios; su actividad no necesariamente se restringe a la imprenta, también incursionan con mayor o menor éxito en los medios masivos de comunicación. Gracias a esto y a otro tipo de aspectos como lo son la efervescencia generada por polémicas y enfrentamiento entre ellos mismos o con otras instancias como las burocráticas, se da un fenómeno que me interesa resaltar: la presencia social de los escritores se incrementa, aunque las bases de su poder, esto es, la lectura de sus escritos, se mantenga dentro de los límites normales de lectura de la sociedad.

Pero avancemos ahora sobre un tema clave en la discusión sobre los intelectuales; me refiero a la utilidad de su poder. Para ello debo retomar una idea que ya había delineado antes: los escritores, esta *élite* que nos hace sentir su dominio sobre el lenguaje, colabora —aunque con medio y calidades diversas— en la formación de la cultura, al igual que los otros intelectuales que trabajan en la conformación de los mensajes de los medios masivos, en la recreación de la hegemonía.

Parto de la idea de que toda actividad intelectual tiene necesariamente que ubicarse dentro de ciertas relaciones de poder. De tal forma, estos escritores y su obra coadyuvan a conformar una determinada concepción del mundo y, por tanto, a reproducir relaciones de poder específicas. Obvio es que todas esas personas que podemos englobar con el término intelectual, o si se quiere de manera más precisa con el de escritor, no necesariamente comparten opiniones filosóficas, estéticas y/o políticas. Las polémicas entre estos escritores se explican justamente por la existencia natural de estas diferencias, y porque esta forma de poder constituye un espacio cruzado por los conflictos sociales.¹⁸ Los escritores en su obra, en su

¹⁸ Cfr. Roger Bartra, *op. cit.*, p. 58.

vida misma, dejan sentir el peso de sus concepciones particulares.

En este nivel reflexivo surge de manera natural una pregunta que aparece en las distintas consideraciones sobre la intelectualidad: ¿cuál es la razón por la que los escritores siguen pensando en su posible neutralidad y autonomía política? La respuesta no es tan sencilla como muchos han avanzado. La contestación debiera enmarcarse nuevamente en una explicación más general de relaciones de poder, de hegemonía, esto es, de concepción del mundo.¹⁹

La posibilidad de la neutralidad política e ideológica es uno de los puntos conformadores de una ideología específica, de la ideología capitalista. En el caso de los escritores, ella se refuerza con las características específicas de su actividad: el trabajo intelectual mismo.²⁰ Afirmaciones como las de Octavio Paz en el sentido de que el escritor debe ser neutral, debe ser un francotirador, etcétera, son partícipes de esta explicación. El escritor se ve a sí mismo por encima del bien y del mal. Para él su actividad es meramente estética, es sólo arte. Él encarna esta voluntad estética y, por lo tanto, no puede (ni debe) enlodarse en cuestiones tan mundanas como la toma de partido en disputas políticas. De tal forma, se plantea que si él llega a expresar su opinión sobre algún aspecto de la vida política será simplemente una más, pero caracterizada por el hecho de que el que la emite está siempre comprometido con la "verdad", jamás con alguna filosofía o ideología.

Aquí es necesario abrir un breve paréntesis para explorar un poco acerca del porqué los intelectuales se asumen, de alguna u otra forma, como los encarnadores de un saber superior al común. Creo que

¹⁹ Bajo esta lógica es necesario leer la siguiente afirmación:

"En contra de la ilusión del 'intelectual sin vínculos ni raíces', que es en cierta forma la ideología de los intelectuales, yo señalo que, como detentadores del capital cultural, los intelectuales son una fracción (dominada) de la clase dominante y que muchas de sus tomas de posición en la política, por ejemplo, provienen de la ambigüedad de su posición de dominados entre los dominantes. También hago hincapié en que el hecho de pertenecer al campo intelectual implica intereses específicos, no sólo —en París como en Moscú— un lugar en la academia o contratos de edición, reseñas o puestos universitarios, signos de reconocimiento y gratificaciones que son a menudo imperceptibles para quien no es miembro de este universo, pero a través de los cuales se pueden ejercer toda clase de presiones y de censuras sutiles". Pierre Bourdieu, "¿Cómo liberar a los intelectuales libres?", en Pierre Bourdieu, *Sociología y cultura*, México, 1990, Grijalbo/CONACULTA, Colección "Los noventa", núm. 11, pp. 110-111.

²⁰ Cfr. a) Max Weber *El Político y el Científico*, Alianza, El libro de bolsillo núm. 79, Barcelona, 1979; b) Herbert Schiller, *Manipuladores de cerebros*, Buenos Aires, Gedisa, 1982.

la pista más segura para encontrar esa explicación va en el sentido de revisar la forma en que históricamente la ciencia se ha consolidado como el discurso hegemónico de las discusiones sobre el conocimiento de la realidad, esto es, la posibilidad de conocer la realidad y la forma de lograrlo. La ciencia, al erigir el concepto de "verdad" como una especie de prueba máxima a la que hay que someter todo aquello que se postule como conocimiento, ha marcado los límites para que sólo cierto tipo de proceder, cierto discurso, se asuma como conocimiento real, como conocimiento verdadero, como conocimiento objetivo. La ciencia, al autoatribuirse el monopolio del conocimiento objetivo, se convirtió en un discurso hegemónico más. De tal forma, aquellos pocos que lograban acceder al nivel de gente de ciencia, de científicos, se constituyeron como un sector privilegiado que había logrado alcanzar algo que el resto, el común de la gente, estaba imposibilitado de hacer: el conocimiento real, la verdad.²¹

No es esta la ocasión para discutir específicamente sobre la validez o no del estatus epistemológico de conocimiento que la ciencia asume sino simplemente lo que ahora me interesa destacar es el hecho de que la ciencia, al autoconferirse la posibilidad de objetividad cognitiva estableció una situación de discriminación y "ninguneo" hacia otro tipo de conocimientos, hacia todos aquellos saberes que no caían dentro del estatuto de científicidad. Asimismo, bajo esa lógica discursiva se provocó que en el interior de la ciencia misma se generaran discusiones sobre el grado de veracidad, de objetividad, que las distintas disciplinas científicas tenían y, específicamente, sobre la validez o invalidez de plantear al estatuto científico como el único medio posible mediante el cual el hombre avanza hacia el conocimiento de lo desconocido.²² En este sentido, el caso de las ciencias sociales es el mejor ejemplo de los niveles que el debate puede alcanzar.

²¹ "Este equilibrio epistemológico, diremos de paso, significa concretamente esto: los expertos científicos merecen crédito. Saben mucho, y lo saben bien... Debemos, pues, confiar en ellos y, llegado el caso, someternos a sus decisiones. ¿No es lógico obedecer a los que poseen el conocimiento justo?", Pierre Thullier, *De Arquímedes a Einstein. Las caras ocultas de la ciencia*, México, Alianza/CONACULTA, Colección "Los noventa", núm. 78, 1991, p. 8.

²² Cfr. Alan Chalmers, *La ciencia y cómo se elabora*, España, Siglo XXI, 1992. En especial los capítulos 1: "La política de la filosofía de la ciencia" y 6: "La ciencia y la sociología de la ciencia".

Pareciera entonces que los intelectuales, esos encarnadores del saber, los monopolizadores de la posibilidad de acceder a la verdad, fueron vistos poco a poco como un sector social distinto y diferenciado de los demás. Esta moderna forma de concebir el conocimiento desembocó en un proceso propio de institucionalización: las universidades. Ellas fueron vistas como los centros proveedores de científicos, esto es, de individuos que lograban acceder a ese nivel privilegiado gracias al estudio profundo de la ciencia. El conocimiento entonces permitiría entender los problemas y plantearles soluciones. Se necesitaba tener ese saber objetivo, ese conocimiento real de los fenómenos, y los científicos, los universitarios, eran los que podían lograrlo.

En México, como veremos, ese saber, ese acceso a los postulados mayores en materia de ciencia, de filosofía, se expresó también en la Universidad. Las capas de intelectuales en el siglo xx se definieron por su necesario paso por la institución de educación superior. Sin embargo, los políticos no necesariamente habían cursado estudios universitarios. A mediados de siglo, con la llegada del civilismo al poder, fue también menester que todos aquellos políticos con aspiraciones tuvieran ese aval que la ciencia y la cultura institucionalizada, esto es, la Universidad, proporciona. No importaba que no se fuera académicamente brillante; bastaba con obtener un título que se convirtió en requisito indispensable para gobernar.²³ Los intelectuales, aquellos que realmente tenían vocación y capacidad para dedicarse al estudio, se mantuvieron, por lo general, alejados del poder.

Lo anterior es sabido por los políticos. El respeto hacia esos intelectuales, en virtud de que ellos representan el saber, es prueba de que se mantiene la idea del necesario conocimiento "científico" para resolver los problemas. Los intelectuales, esos personificadores de la razón, también son conscientes de esto. Alejados del poder por diversas razones que a continuación veremos, se refugian en sus *ghettos*, de los cuales la Universidad es unio más, y desde ahí ejercen la crítica, hacen sentir el peso de su conocimiento, el peso de la razón, el peso de la verdad, para repartir consejos, reprimendas o felicitaciones, según sea el caso, a los actos del poder.

²³ Cfr. Gabriel Zaid, "Sobre los títulos profesionales como capital curricular" y "Los universitarios en el poder", en *De los libros al poder*, México, Grijalbo, 1987.

Ahora bien, otro factor que se suma a la necesidad de postulación neutral del escritor, es el saber que tienen ese poder de escribir, publicar y ser leído. Así, se considera que este poder, al ser distinto y de difícil acceso, puede y debe mantenerse separado del otro poder, del poder político del Estado. Entonces, el escritor no puede hacer la defensa (o ataque) del Estado basándose en su propio poder de publicación y de influencia cultural. Hacer eso es tanto como una alta traición al poder de las letras, ya que se le degrada para ponerlo al servicio del otro poder.

En México, hace tres décadas tuvimos un ejemplo de esta interpretación. Un eminente escritor nacional, Carlos Fuentes, tomó partido abiertamente al apoyar a un presidente de la República, Luis Echeverría. A raíz de que el 10 de junio de 1971 se reprimió violentamente la primera manifestación estudiantil que se realizaba en la Ciudad de México desde el 2 de octubre de 1968, el presidente Echeverría fue fuertemente cuestionado sobre la veracidad y la sinceridad de su ánimo democrático. Fuentes salió a la defensa de Echeverría y atajó las críticas al presidente señalando que en México se vivía una grave disyuntiva por la que la sociedad debería escoger entre el régimen echeverrista o la instauración de una dictadura fascista.²⁴ Tal apoyo de un prestigiadísimo escritor a la Presidencia causó un furor enorme entre los medios culturales. El calificativo de entreguista fue el más utilizado, pero, ¿qué había detrás del vituperio?, ¿se acusaba a Fuentes de entregar qué y a quién? La respuesta no es tan complicada: se le reprochó la entrega de la soberanía del poder de las letras al otro poder; los escritores debían mantener su poder para ellos, no debían ponerlo a los pies del otro poder.²⁵

²⁴ A más de veinte años se sigue hablando de aquella afirmación y de la polémica que suscitó; véase, por ejemplo, "En busca del tiempo de Carlos Fuentes", entrevista por Fernando Fernández, en *Viceversa*, núm. 2, enero-febrero de 1993, pp. 10-17.

²⁵ Véase si no la opinión que Gabriel Zaid le externó en aquel entonces a Fuentes: "Que tus puntos de vista coincidan con la verdad oficial, no los hace menos respetables, en cuanto son independientes. Que uses tu celebridad para difundirlos, por tu cuenta y en tanto tuyos, no se te puede reprochar. Pero ¿cómo olvidar que estás en México? Usar el mínimo poder de publicar para celebrarlo, para dar gracias por tenerlo y en último término para devolverlo: para ayudarlo a conseguir sus fines al verdadero poder, que es el ejecutivo, ¿qué diferencia deja, a los ojos del público, entre un escritor independiente y un senador? El contexto, aunque no quieras, configura tu posición como una entrega de independencia. Una entrega totalmente gratuita, en el doble sentido de buena para nada y a cambio de nada: ni para el público ni para ti, que no sólo no te beneficia sino que pierdes". Gabriel Zaid, *¿Cómo leer...*, op. cit., p. 125.

La separación entre ambos poderes (el de las letras y el del Estado) es sutil y a veces invisible. Por ello el literario se esfuerza por plantear de manera contundente y clara su diferenciación del otro.

Acabamos de ver un ejemplo en el que se le atizó con fervor a un autor que expresó su apoyo prácticamente incondicional a un presidente cuestionado por su magra vocación democrática. Pero apenas unos años después se presentó un enfrentamiento que, visto a dos décadas de distancia, sería el colofón de la polémica generada por aquellas declaraciones de Fuentes. Esa disputa tomó un cariz de querrela franca entre el gobierno echeverrista y un grupo particular de escritores, aquéllos que tenían en el *Excélsior*, dirigido por Julio Scherer, su tribuna natural para ejercer la crítica. Durante el desarrollo de la controversia se expresó de forma clara la concepción que esos escritores tenían de su relación con el poder.

A mediados del sexenio echeverrista empezaron a circular libelos contra Daniel Cosío Villegas, quien escribía en *Excélsior* y era uno de los principales críticos del estilo personal de gobernar de Echeverría.²⁶ La campaña contra uno de los fundadores de El Colegio de México y del Fondo de Cultura Económica originó una interesante anécdota durante una comida en casa de Cosío, en 1974, y que tuvo como protagonistas al presidente, a sus colaboradores y a un grupo de intelectuales que trabajaba en *Excélsior*, entre ellos Octavio Paz.²⁷

²⁶ Obvio es que la referencia obligada para la crítica de Cosío a Echeverría es: Daniel Cosío Villegas, *El estilo personal de gobernar*, México, Joaquín Mortíz, 1974. De agosto a octubre de ese año se publicaron tres ediciones con un tiraje de 12,000 volúmenes cada una de ellas, lo que, dados los precarios tirajes que se realizan en nuestro país, muestra indudablemente que en escasos dos meses el texto se había convertido en un incómodo *best seller* para la Presidencia.

²⁷ "Cosío Villegas nos había reunido con el propósito de que discutiéramos acerca de las relaciones entre el intelectual y el político, la cultura y el poder. Circulaban en esos días panfletos y libros infamantes trabajados en la sombra. Pensaba don Daniel que era una buena oportunidad para que nos ocupáramos también del anonimato impune. Uno de esos libros era *Danny el Travieso*.

"[...] Alguien habló de la autocrítica que el gobierno ejercía por decisión propia. El tema se ahogó en sí mismo. Nadie que se precie de imparcial puede ser juez y parte a la vez. Se habló de los libelos, de *Danny el Travieso*. Dijo Echeverría que él, como nadie, padecía la calumnia y, después de él, sus colaboradores. Es parte del oficio público, aseveró con naturalidad. Iban y venían las voces. Una de ellas dijo que en todo caso el gobierno tenía la posibilidad de investigar el origen de los anónimos, no los intelectuales, inermes en este terreno.

—Qué piel tan delicada— bromeó Moya Palencia [Secretario de Gobernación] sin humor.

—No es un problema de piel delicada. Es un problema de salud pública— respondió Cosío Villegas". Julio Scherer García, *Los presidentes*, 2a. ed., México, Grijalbo, 1986, pp. 80-81.

En esa ocasión el poeta mexicano, director de *Plural*, al ser requerido para expresar su opinión acerca del papel de los intelectuales en su relación con el poder, señaló que una cosa era ser ideólogo de un régimen y otra diferente era ser un intelectual en el sentido moderno de la palabra. Además, especificó que los intelectuales en el gobierno no eran intelectuales en estricto sentido, ya que era muy distinto mandar que pensar: lo primero corresponde al gobernante, lo segundo al intelectual. Dijo Paz:

Los intelectuales en el poder dejan de ser intelectuales; aunque sigan siendo cultos, inteligentes e incluso rectos, al aceptar los privilegios y las responsabilidades del mando substituyen a la crítica por la ideología.²⁸

Pero ¿a qué se refería el poeta con la idea de “los intelectuales en el poder”? La pregunta no es ociosa ni sencilla de contestar. Una primera respuesta podría perfilarse en el sentido de decir que el intelectual, el escritor, al trabajar para el Estado, está siendo partícipe de ese poder y, por tanto, de acuerdo con la afirmación de Paz, abandonaría su *status* de intelectual y pasaría a ser ideólogo. Pero la respuesta, de acuerdo con la propia concepción de los intelectuales no pude ir por ese rumbo.

Paz se ha encargado, recientemente de señalar que el hecho de que él hubiera trabajado por varias décadas en el Estado, como miembro del servicio exterior, no implicó que hubiera sido un ideólogo. Además, hace apenas algunas semanas, como consecuencia de la polémica sobre la solicitud de exención de impuestos a los escritores, uno de los argumentos que estos esgrimieron para fortalecer su solicitud era que la gran mayoría de ellos no vivían de lo que escriben sino que tienen otros trabajos, y casi todos ellos desempeñaban alguna labor dentro del aparato burocrático para obtener ingresos.²⁹ De tal forma, el estar en el poder no puede identificarse simplemente como trabajar en el Estado. La pregunta entonces seguiría abierta.

Otro camino para intentar responder el cuestionamiento se refiere al *rol* que en su labor burocrática desempeñe el escritor; por ejem-

²⁸ *Ibidem*, p. 83.

²⁹ *Cfr.* Gabriel Zaid, “Razones para la exención”, en *Vuelta*, México, año XVII, núm. 196, marzo de 1993. Fernando Del Paso, “Carta a Héctor Aguilar Camín”, en *Proceso*, marzo de 1993.

plo, si su trabajo implica renunciar a la crítica se podrá afirmar que el escritor se ha convertido en ideólogo. Pero, si aceptamos esta afirmación, surgen preguntas que nos llevan a un terreno bastante brumoso: ¿cómo saber cuándo el intelectual, el escritor, abandonó la crítica?, ¿cuál es el tipo de trabajo y cuál no lo es que obligue al escritor a renunciar a su espíritu crítico? O, mejor aun, ¿sólo con la participación en el Estado puede el intelectual abandonar la crítica? La respuesta, aunque negativa, no es de obvia resolución.

El sentido crítico, característica que los escritores asumen para sí mismos, puede abandonarse y/o traicionarse en cualquier momento. Además, el escritor, aunque se mantenga alejado de algún puesto burocrático de cualquier nivel en el gobierno, puede colaborar en el sustento de relaciones de poder características de una conformación político social específica. La idea de que el escritor, al mantenerse alejado del poder, garantiza la neutralidad de su juicio en función del monopolio de la crítica, no es más que una cortina de humo que los escritores han construido a partir de que ellos se consideran a sí mismos como la parte inteligente, el sector pensante, de la sociedad. Pero dentro de esa intelectualidad, como ya dije, podemos encontrar distintas posiciones políticas, estéticas y filosóficas, las cuales se evidencian en el momento de ejercerlas, y es en esa realidad que los escritores, estén o no estén ocupando posiciones de poder, asumen posiciones políticas específicas.

Por ejemplo, más recientemente, hace apenas unos cuantos años, se presentó una situación muy parecida a las que originaron las polémicas de los años setentas. En 1988, Octavio Paz asumió una actitud similar a la de Carlos Fuentes en el primer lustro de los setentas: frente a un proceso electoral sumamente oscuro en el cual lo menos que se podía decir era que no existían pruebas confiables del triunfo de algún candidato, Paz asumió un papel de defensa a ultranza de los resultados que el gobierno enarbolaba. Así, el poeta tomó abiertamente partido por el candidato oficial por encima de cualquier duda democrática y sostuvo una argumentación muy endeble —democráticamente hablando—, ya que afirmaba que más valía que hubiera ganado ese candidato porque con el triunfo del de la oposición el futuro del país sería peligroso.³⁰ El poeta tomó

³⁰ Una revisión detallada de la posición de Octavio Paz en esa coyuntura se encuentra en

partido y actuó en consecuencia, estando consciente de que su opinión, con todo el peso de su prestigio intelectual y literario, coadyuvaría a dar línea de análisis y de actuación a los defensores del proceso electoral. Tan fue así que una de las afirmaciones que en ese entonces hizo Paz se convirtió en bandera del Estado para descalificar la lucha del principal partido de oposición.³¹

En esa ocasión la discusión fue fuerte, pero no tan trascendente como la de hacía dos décadas. El grupo de poder que encabeza Octavio Paz dentro de la república de las letras no vió con tal desagrado la toma de partido del poeta: tanto la coyuntura como la personalidad lo justificaban.

Creo entonces que en este aspecto se vuelve a presentar el problema de la relatividad de los conceptos. Cada grupo de escritores entiende a su conveniencia la lógica de la no participación en el poder estatal. Sin embargo, dentro de todo este panorama conceptual existe un elemento crucial que ayuda a comprender el porqué de la diversidad de actitudes frente al Estado. Por ejemplo, por lo que respecta a Octavio Paz, uno de los puntos cruciales que definen muchas de sus ideas y análisis políticos es el confuso discernimiento que hace de los conceptos gobierno y Estado. Si tenemos clara esta no claridad de la reflexión paciana podemos avanzar en la comprensión de ese doble rasero que, aparentemente, Paz utiliza para criticar la actividad política de algunos intelectuales y para justificar la de otros incluyendo, por supuesto, la suya propia.

Ahora bien, ya se ha señalado que, paradójicamente, los intelectuales mexicanos en particular, y latinoamericanos en general, no gustan de reflexionar sobre lo que ellos son y cuáles son sus funciones, llegándose al extremo de que prefieran ser catalogados de otra forma.³² Sin embargo, el tema de los intelectuales presenta

Xavier Rodríguez Ledesma, *El pensamiento político de Octavio Paz. Las trampas de la ideología*, México, Tesis de Maestría en Sociología, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, verano de 1993.

³¹ Me refiero a la afirmación de que el Partido de la Revolución Democrática estaba jugando a la política "del todo o nada". La afirmación/acusación de Paz expresaba una idea relativista y relajadora de la democracia electoral. De la descalificación pacista se decantaba una concepción sobre la legitimación de la lucha electoral por arreglos extraelectorales; de tal forma, sostener la necesidad de aclarar y ceñirse a los resultados que las elecciones arrojaron fue catalogada como política intolerante más dañina y agraviosa para la vida política del país que el propio fraude electoral.

³² *Cfr. a)* Enrique Suárez Iñiguez, *Los intelectuales en México*, México, El Caballito, 1980, p. 3 y ss.

tantas y tan diversas aristas que la afirmación contraria a ésta es sostenida con la misma convicción; así, para algunos estudiosos, los intelectuales son específicamente el grupo social más narcisista que hay en la cultura occidental del siglo XX.³³

Acaso si recordamos el papel que los escritores, ese subgrupo intelectual al que me he referido en la primeras páginas de este capítulo, ha tenido en la conformación del México contemporáneo, podamos encontrar alguna guía para atisbar una posible respuesta a esa actitud. Asimismo, la revisión de la forma en que la intelectualidad mexicana se ha vinculado con el poder en la historia reciente de nuestro país, nos ayuda a comprender la causa por la cual los puntos básicos de la discusión sobre el rol de los intelectuales se ubican precisamente en los vínculos que este sector establece con el poder estatal.

El Estado posrevolucionario tiene como antecedente inmediato un sistema social y de gobierno en el que los intelectuales habían pasado a un segundo plano en el reparto de los puestos burocráticos. Después de la derrota del imperio, la intelectualidad liberal mexicana había acaparado prácticamente todos los puestos gubernamentales; mientras los militares, a pesar de que sentían que el triunfo se debía principalmente al buen oficio de sus artes, habían tenido que conformarse con una tajada menor del botín político.³⁴

Con la llegada al poder de Porfirio Díaz, quien bajo la república liberal, y a pesar del enorme prestigio militar que tenía, sólo había podido ocupar una curul de diputados en la que había sido opacado

b) Jorge Aguilar Mora, "El pensamiento de Octavio Paz", *Topodrilo*, núm. 25, México, Universidad Autónoma Metropolitana, septiembre-octubre de 1992, pp. 73-82.

³³ Roderic A. Camp, *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, p. 11. A continuación cito la idea completa de este autor porque su afirmación no es más que una tautología: "Quizá en mayor medida que cualquier otro grupo de la cultura occidental durante el siglo XX, los intelectuales han mostrado un interés por escribir de sí mismos que se aproxima al narcisismo".

Perogrullo hace su aparición ya que, adecuándonos a una noción general de los intelectuales, resulta que este grupo tiene como su característica básica el poder sobre las letras, por lo que la escritura es la actividad intelectual por autonomía. De tal forma, es obvio que los que más escriben (si no es que los únicos que lo hacen porque esa es su labor) sean los intelectuales, de tal forma que los intelectuales escriben sobre cualquier tema, incluyendo por supuesto el de la "intelectualidad". Así las cosas, la afirmación de Camp es tan tautológica como decir que es interesante que en la cultura occidental del siglo XX no hay mayor grupo que se cure a sí mismo las caries que los odontólogos.

³⁴ *Cfr.* Luis González "El liberalismo triunfante", en Varios, *Historia General de México*, tomo III, México, El Colegio de México, 1976.

abrumadoramente por los letrados que sí sabían hacer discursos, la situación de esa intelectualidad se transformó. Bajo el militarismo, los hasta ese entonces ejercientes del poder pasaron a ocupar un lugar secundario, y en muchos casos se convirtieron en simples consejeros del Príncipe. Ese papel lo seguirían ejerciendo hasta la actualidad.

Fue en esta época cuando, bajo los efectos del furor positivista, la actividad intelectual comenzó a ser cuestionada bajo una medida que hasta entonces se había mantenido tras bambalinas y que, aunque latente, no había sentido la fuerza necesaria para explicitarse: esa pauta sería la utilidad. Así, por ejemplo, dentro de los temas centrales discutidos en las sesiones de los Congresos Nacionales de Instrucción Pública de 1889 y 1891, uno de los puntos más socorridos fue argumentar sobre la necesidad de que en el sistema educativo que habría de implantarse a nivel nacional se enseñaran cosas útiles, esto es, cosas que sirvieran para avanzar en el progreso de la sociedad. Bajo la lógica de que nadie se había muerto por no saber gramática o filosofía, se planteaba que los esfuerzos debían perfilarse a crear un sistema educativo en el que se enseñaran conocimientos útiles. El "cientificismo" se había instaurado; ahora habría que lidiar contra él. Es por ello que la figura de Justo Sierra, Secretario de Educación desde 1905, al levantar y defender la bandera liberal de la necesidad de estudiar y desarrollar las disciplinas humanísticas para lograr la educación integral de los educandos, fue crucial.³⁵

El grupo de "los científicos" que en sus inicios postulaba ideales democráticos e intentaba marcar límites al poder de Porfirio Díaz, a pesar de estar conformado por "cerebros potentes" y "oradores distinguidos", terminó siendo el sustento burocrático y político de la dictadura y, para la posteridad, se le identificó por completo con el ejercicio del poder porfiriano. Los "científicos", por estar a merced de las decisiones de Díaz y, por tanto, no poder rebasar el poder del dictador, decidieron entonces aprovechar por lo menos económicamente su situación privilegiada cercana al poder.³⁶

³⁵ Cfr. Salvador Moreno y Kalbtk, "El Porfiriato. Primera etapa (1876-1901)", en Fernando Solana, Raúl Cardiel Reyes, Raúl Bolaños (coords.), *Historia de la educación pública en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

³⁶ Cfr. Daniel Cosío Villegas, "El misterio científico", en Enrique Krauze (comp.), *Daniel Cosío Villegas. El historiador liberal*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, pp. 317-335.

En los preámbulos de la revolución nació un grupo de intelectuales que vería en el movimiento de 1910 la posibilidad de dedicar sus afanes a la redención moral y cultural del país: el Ateneo de la Juventud. Como consecuencia de la lucha armada el Ateneo habría de disgregarse y varios de sus formadores vivirían la experiencia del exilio.

Pero acaso el grupo conocido como “los siete sabios” sea el arquetipo de la relación que los intelectuales habrían de sostener con los gobiernos posteriores a la revolución. Esos intelectuales, después de haber colaborado en distintas formas con los gobiernos posrevolucionarios, habrían de terminar tomando distancia de ellos y levantando la bandera de la necesaria independencia de la labor intelectual respecto del poder.³⁷ De tal forma, la autonomía de los intelectuales se convirtió en el requisito *sine qua non* para que dicha actividad pueda llamarse de tal manera; de no darse esa autonomía, esto es, si los intelectuales participan bajo cualquier forma en el poder, dejan de ser tales y se convierten en otra cosa, por ejemplo, ideólogos.

Durante la tercera década del siglo, José Vasconcelos llevó a su punto culminante las expectativas intelectuales por transformar el país. La educación y la cultura fueron vistas como las herramientas indispensables para que México pudiera progresar. Sin ellas nuestro país seguiría debatiéndose en el atraso por siempre. La cruzada educativa del vasconcelismo fue la encarnación de los viejos anhelos liberales plasmados en lemas del estilo “la verdad os hará libres”. Pero también, frente a la consolidación del poder militar, Vasconcelos con su movimiento político propuso otra vía: el civilismo; planteó en concreto una concepción distinta de lo que tendría que ser nuestro país.³⁸ La derrota política del vasconcelismo habría de darle

³⁷ Al respecto dice Krauze: “Nuevos y mejores trabajos deberán volver a ellos sobre todo cuando comience a apreciarse a quienes han dudado de la ortodoxia estatal y criticado la política mexicana, se han desintegrado del gobierno y han legado la doctrina de su ejemplo”. Enrique Krauze, *Caudillos intelectuales en la Revolución mexicana*, 6ª ed., México, Siglo XXI, 1990, p. 17.

³⁸ “Vasconcelos no sólo era un político civil sino que enarbolaba, fundado en su enorme prestigio como educador, una bandera de cultura y financiaba su campaña impartiendo conferencias de paga, como lo había hecho Wilson. Su posición era totalmente intransigente: o la barbarie militar o la cultura y la educación, Huitzilopochtli o Quetzalcóatl”. Abelardo Villegas, *Autognosis. El pensamiento mexicano en el siglo XX*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1985, p. 54.

mayor fundamento a algo que ya se intuía: el poder político no lo dejarían en manos de los intelectuales, aunque éstos asumieran el monopolio del saber, de la cultura, del conocimiento. Siguiendo el epígrafe que inicia estas reflexiones, puedo decir que la *real politik* no necesariamente requiere de individuos cultos, de letrados.

A partir de ese momento, los hombres de letras de nuestro país asumieron que el poder era el elemento frente al cual tendrían que definirse. Al saberse separados y prescindibles para la construcción política del México posrevolucionario volvieron la vista hacia el lugar donde ellos serían soberanos; recuperaron la noción de "República de las letras", y se dedicaron a ella plenamente.³⁹ Asumieron que cuando mucho frente al poder podrían aspirar a ser consejeros, esto es, convertirse en su conciencia. Pero en esta lógica, en última instancia siempre queda a merced (voluntad, interés y necesidad) del poder atender esos llamados de conciencia.

Así, al crear y consolidar un espacio que les sería propio y sobre el cual tendrían plena soberanía, los intelectuales pudieron hacer valer todo el peso de su actividad cultural. Con ello se consolidó la idea de que los verdaderos intelectuales deben saber mantener su lejanía del poder. Y, por otra parte, se dio la posibilidad de hacer la diferenciación entre lo que sería, por una parte, el real y verdadero interés de la actividad intelectual, y, por la otra, el simple acceso a niveles educativos superiores como forma mítica para ascender socialmente. Así las cosas, la ya de por sí minoría que logra acceder a niveles de educación superior no necesariamente será considerada intelectual; para ello un título universitario no es condicionante, sino más bien el tener talento y vocación. En la república de las letras se ejerce un poder: el de escribir y dar a conocer esos escritos. Y no

³⁹ Como colofón a la polémica generada por la realización a principios de 1992 del *Coloquio de Invierno*, se generó un debate entre dos de los intelectuales más representativos de los grupos culturales en disputa. El tema de la controversia era quién creó y cuándo el concepto de "República de las Letras" para identificar la intelectualidad nacional. Véase:

1. Gabriel Zaid, "La tentación del integrismo", *Vuelta*, México, año XVI, núm. 187, junio de 1982, pp. 9-12.

2. Rafael Pérez Gay, "La tradición y un gerente", *Nexos*, México, núm. 175, julio de 1992, pp. 5-7.

3. Gabriel Zaid, "Historias del bluff", *Vuelta*, México, año XVI, núm. 189, agosto de 1992, pp. 58-59.

4. Rafael Pérez Gay, "El abonero y una república", *Nexos*, México, núm. 177, septiembre de 1992, pp. 59-60.

5. Gabriel Zaid, "Resumen", *Vuelta*, México, año XVI, núm. 191, octubre de 1992, p. 52.

necesariamente los que han acumulado mayor capital curricular son los más capaces para ejercer este poder particular.⁴⁰

Vemos entonces que esta interpretación de lo que es la intelectualidad, de lo que es la república de las letras, por un lado excluye a aquéllos que participan en labores de gobierno; y, por otro, explicita que los títulos educativos no son pasaportes para ingresar por sus fronteras. Pero todavía queda un tercer sector que también será rechazado: el integrado por todos aquéllos que se afilian a una ideología política específica y determinada. Obvio es que el concepto de ideología tal como aquí se utiliza se refiere a ser partícipe de una “doctrina política” y, por tanto, reproducirla por encima de la “verdad” y de los “valores estéticos”.⁴¹ De tal forma, bajo esta concepción, la figura del “intelectual comprometido” es una aberración, ya que el intelectual, si tiene algún compromiso, éste es con su propia república, con la de las letras.

Ahora bien, visto desde el poder, ¿cuál es la utilidad que ese grupo tiene?

⁴⁰ Cfr. Gabriel Zaid, *De los libros... op. cit.*, México, Grijalbo, 1988. Destaco la siguiente reflexión:

“Este mito fundador (o pecado original) de la UNAM acabó con la UNAM. Si la historia de México tiene que pasar por la UNAM, la cargada de aspirantes a subir al protagonismo histórico, al poder, al presupuesto, pisoteará a la UNAM. Mientras la vida contemplativa (la investigación, el diálogo, la creación) no es el lugar de paso obligado para la vida activa (no da derecho al queso), en el claustro no se paran las moscas, ni los ratones, ni los búfalos. Si no hay dinero, puestos, ni credenciales para llegar a más, ¿quién se va a quemar las pestañas? Únicamente los que tienen vocación y talento excepcionales, más amor al arte que al queso. Si la ruta del queso no pasa por ahí, los que buscan el queso no pasarán por ahí. Pero si el claustro quiere tener las llaves del reino: decidir quien pasa y quien no pasa al queso, las llaves le serán arrebatadas, por fuerzas más poderosas que las suyas”.

Por ello se entiende perfectamente bien que, por ejemplo, recientemente un joven intelectual mexicano haya escogido como epígrafe para un artículo sobre otro intelectual mexicano del grupo *Contemporáneos*, Jorge Cuesta, el siguiente párrafo de T.S. Eliot en *Reflexiones Después de Lambert*, de 1931:

“Difícilmente puede haber una gran inquietud intelectual entre toda una generación, porque en cualquier generación el número de personas capaces de sentir gran inquietud intelectual es siempre y en todas partes, muy, muy reducido”. Domínguez Michael Christopher, “Jorge Cuesta o la crítica del demonio”, México, en *Vuelta*, año XVII, núm. 194, enero de 1994, p. 28.

⁴¹ “La mayor parte de las personas que redactan manifiestos, forman asociaciones, se reúnen, acusan, gritan, manotean, no son artistas sino ideólogos. Y añadido: ideólogos con pocas ideas y muchos pulmones. El lugar de los ideólogos está en la tribuna y el púlpito. El artista no es orador ni predicador. No hay masas para él sino hombres, personas, cada una con un nombre propio. La misión del arte no es ni convencer, ni adoctrinar: el arte es participación”. Octavio Paz, *El ogro filantrópico*, 5ª reimpresión, México, Joaquín Mortiz, 1985, p. 315.

Cervantes, como vimos en la cita que abre estas reflexiones, resumió genialmente la problemática sobre la utilidad de los intelectuales. La viuda en cuestión requería, buscaba y encontró una persona que sin necesidad de saber filosofía ni teología —esto es, en una palabra, sin ser intelectual— llenaba con creces sus deseos. Sus amigos se sorprendieron de su elección. La razón es natural: un intelectual goza de prestigio y reconocimiento, en virtud de lo cual, si la dama se hubiera involucrado con alguno de ellos, su *status* por lo menos se habría mantenido cuando no elevado. Sin embargo, ella, la principal interesada, estaba clara en lo que quería, y para ello poco le importaba, que el hombre elegido fuera soez, vulgar e iletrado. Vemos pues que —dice Cervantes—, rodearse de intelectuales puede dar prestigio y crear una cauda de admiración y reconocimiento por la decisión tomada; pero, en el fondo, ¿sirven esos intelectuales de algo frente a requerimientos concretos? ¿Son necesarios los intelectuales para el ejercicio del poder por las burocracias? Las respuestas parece ser obvias. El Estado mexicano, al igual que la viuda del relato cervantino, nos ha mostrado sistemáticamente que no.⁴²

Para evidenciar lo anterior existe un ejemplo diáfano: los consejos de Octavio Paz (aunque él se resista a ser considerado en ese papel de mentor), por más laureado que sea, por más reconocido que sea incluso por las propias instituciones culturales gubernamentales, por más poder que él, como cabeza de un grupo intelectual, tiene dentro de la vida cultural mexicana, han sido sistemáticamente desdénados por el poder. Los afanes liberales electorales que Paz ha sostenido y señalado al gobierno han sido siempre “ninguneados”.⁴³

⁴² Vale la pena revisar el artículo de Lorenzo Meyer, “El estilo oriental de gobernar”, *Excélsior*, 4 de febrero de 1993. En él, el politólogo mexicano hace un mordaz análisis de la forma en que el gobierno mexicano, en específico la Secretaría de Desarrollo Social, busca legitimar su actividad organizando un evento intelectual con invitados extranjeros para discutir sobre los conceptos de justicia y libertad. Con ese fin dicha Secretaría no escatima en derrochar recursos económicos, aunque, la práctica cotidiana del poder en nuestro país muestra que los anhelos de justicia y de libertad están sumamente alejados de la política concreta establecida por el actual gobierno.

⁴³ Dejando de lado la justeza o no de la solicitud de exención de impuestos hecha por un grupo de artistas e intelectuales nacionales a principios de año; la actual polémica sobre si las actividades artísticas deben ser exoneradas o no de sus obligaciones fiscales, puede verse dentro de esta misma lógica. La intelectualidad se ve a sí misma como un sector elitista apartado de las actividades comunes, y cuya tarea no es fácilmente accesible para el común de la población. Asimismo, postula y utiliza como argumento el hecho de que la actividad artística es un elemento nodal para el desarrollo de la nación. En otras palabras, ensalza la

Los casos más visibles son, por ejemplo, los llamados pacistas sobre la necesidad de que el Estado mexicano demostrara una voluntad democrática respetuosa de los procesos electorales en 1985 y 1991.⁴⁴

Vemos pues que en nuestro país los intelectuales sirven para vestir de oropel el poder, pero no necesariamente para normar su conducta. No se les obedece automáticamente tan sólo por representar—según se ven a sí mismos—el sector pensante, con el mayor horizonte de visibilidad, de la sociedad. Pero a pesar de ello, o, mejor dicho, justamente por ello, este grupo sigue considerándose la conciencia de la nación.⁴⁵

De cara a esa paradoja y en tiempos en que el mundo y sus interpretaciones se transforman aceleradamente, podríamos llevar un poco más lejos la conclusión y preguntarnos junto a Richard Rorty:

¿O es triste en cambio pensar que nosotros los intelectuales pasamos a ser menos relevantes en el destino de la humanidad de lo que habíamos pensado? ¿Fue nuestra sed de un romance histórico mundial—que posibilita pensar en teorías profundas

existencia de la república de las letras para solicitar que ésta sea exentada de pagar impuestos, sus obligaciones fiscales con la otra república.

Por su parte, el Estado simplemente no contestó directamente dicha solicitud. Después de semanas, el Secretario de Hacienda invitó a comer a un grupo de intelectuales a los que explicó a su manera que la ley sí contemplaba la exención de impuestos para cierto tipo de creadores y... nada más. Esto es, se limitó a tratar el tema de la única forma que la burocracia estatal sabe, con argumentos *burocráticos* que evaden al discurso que utiliza la otra república.

La división bi-republicana se muestra: existen disputas, alejamientos, acercamientos y negociaciones entre ambas; pero al final de cuentas, la de las letras debe solicitar a la del poder real, y ésta, ejerciendo ese poder, se hace de rogar, quizá acceda, quizá no lo haga.

⁴⁴ Cfr. "La hora cumplida del PRI", *Vuelta*, México, núm. 103, junio de 1985, y "México: Futuro Contingente", *Epoca*, México, núm. 1, junio de 1991.

⁴⁵ Al respecto resulta sumamente sugerente la reflexión de Foucault en el sentido de que:

"...lo que los intelectuales han descubierto, después de la avalancha reciente, es que las masas no tiene necesidad de ellos para saber; saben claramente, perfectamente, mucho mejor que ellos; y lo afirman extremadamente bien. Pero existe un sistema de poder que obstaculiza, que prohíbe, que invalida ese discurso y ese saber. Poder que no está solamente en las instancias superiores de la censura, sino que se hunde más profundamente, más sutilmente en toda la malla de la sociedad. Ellos mismos, intelectuales, forman parte de ese sistema de poder, la idea de que son los agentes de la "conciencia" y del discurso pertenece a ese sistema. El papel del intelectual no es el de situarse "un poco en avance o un poco al margen" para decir la muda verdad de todos; es ante todo luchar contra las formas de poder allí donde éste es a la vez el objeto y el instrumento: en el orden del "saber", de la "verdad", de la "conciencia", del "discurso". Michel Foucault, *Microfísica del poder*, 2ª ed., Madrid, Las Ediciones de la Piqueta, 1979, p. 79.

sobre causas profundas del cambio social— causa de nuestra inquietud sobre los sufrimientos humanos? ¿O después de todo fue en parte una sed por parte nuestra de ocupar un *rol* importante?⁴⁶

⁴⁶ "Or is it instead sadness at the thought that we intellectuals turned out to be less relevant to the fate of the humanity than we had hoped? Was our thirst for world-historical romance— for deep theories about deep causes of social change— caused by our concerns for human suffering? Or was it at least in part a thirst for an important role for ourselves to play?" Richard Rorty, "For a more banal politics", *Harpers*, New York, vol. 284, núm. 1704, may 1992, p. 17.